

Italo Carugno FSC (*)

BEATO Hermano RAFAEL-LUIS RAFIRINGA

(1856-1919)

primer Lasaliano de Madagascar

Roma, 2009

(*) Adaptación libre dal Hno. MARTIAL- ANDRÉ MERTENS, *Sous l'ardent soleil malgache*, Imprimerie J. Duculot, Gembloux, Belgique, 1927

PRÓLOGO

Las páginas de este librito reconstruyen las vicisitudes humanas y espirituales del Hermano Rafael Luis Rafiringa, primer Hermano de las Escuelas Cristianas de Madagascar que llega a la gloria de la beatificación. Pero las mismas representan algo más: a través de la evolución de este indígena malgache se recorre, aunque en resumen, un periodo de la historia en el que Madagascar sufrió profundas transformaciones. En 1856, al nacer Rafiringa en el barrio de Mahamasina en Antananarivo, el país se hallaba poco o nada abierto a las influencias externas; a su muerte, acaecida en 1919, Madagascar se había abierto a la civilización cristiana y era una colonia francesa desde hacía más de 20 años.

La vida de nuestro Beato transcurrió, pues, en un marco tradicional al inicio, luego con influencia franco-inglesa y finalmente totalmente francesa. El panorama en que tuvo que desenvolverse proyecta una luz muy especial sobre él, convirtiéndolo en un intérprete muy significativo de la evolución acontecida en su país. El Hermano Rafael Luis Rafiringa se nos muestra, así, como el nuevo malgache situado sobre la cima de dos épocas. Y aún suscita en nosotros mayor interés porque sus vivencias atraviesan muchos y diferentes ámbitos: pagano, cristiano, escolar, literario, político y hasta judicial.

“*Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres*” ha dicho alguien. De hecho: ¡qué enorme diferencia histórica y psicológica entre Rafael Luis Rafiringa y Rainiatoandro, su padre, jefe de los herreros de la reina! El primero traspasa el estrecho ámbito de su tierra, mientras que el destino del segundo, aunque diligente y honesto jefe herrero, se agota en el contexto de la Imérina tradicional. Entre el uno, analfabeto devoto y fiel a su reina, y el otro, en grado de acceder a la Academia Malgache y fervoroso servidor del Rey de reyes, las diferencias son sustanciales. Tan sólo dos generaciones, ¡pero cuánta diversidad! Entre ellos se interponen, de hecho, dos auténticos ciclones que han marcado profundamente la gran isla: el cristianismo y la colonización occidental.

La personalidad del Hermano Rafael Luis Rafiringa asume realmente su verdadero significado sobre todo en el campo espiritual. Fue principalmente un hombre de Dios a quien las circunstancias empujaron a salir del ámbito circunscrito a la pequeña escuela para dar respuesta por sí mismo a una exigencia de la cual probablemente ni él mismo comprendiese el alcance.

Primer discípulo de San Juan Bautista de La Salle en Madagascar, dotado de una gran inteligencia y fuerza de voluntad, desafió las ambiciones de la familia y pidió unirse a aquellos “extraños” misioneros, no sacerdotes, recién llegados a la isla. El Hermano que se encargó de acompañarlo en la formación ¡no le concedió su autorización hasta después de un “aprendizaje” de siete años! Había madurado de modo sorprendente, creciendo humanamente, culturalmente y religiosamente. Escuela, traducción a la lengua malgache de obras francesas, composición de textos escolares: estas fueron sus constantes ocupaciones, hasta que, como consecuencia de los motines independentistas que estallaron en la isla, todos los misioneros extranjeros fueron expulsados y él se vio elegido, por aclamación popular, jefe de los católicos. En esa inesperada responsabilidad dio prueba inigualable de sus nada comunes capacidades, formando catequistas, organizando encuentros, reuniones y paraliturgias en cada rincón de la isla, escribiendo opúsculos y resúmenes de la doctrina católica, cantos y poesías. Cuando se concedió a los misioneros la posibilidad de regresar, maravillados, se encontraron las comunidades cristianas más numerosas y fervorosas que cuando las habían dejado.

Este pagano, convertido en dignísimo hijo de San Juan Bautista de La Salle, es una espléndida demostración del poder de la gracia de Dios cuando encuentra un terreno fértil. Por su ciencia, su actuación y su santidad es ya una de las glorias más genuinas de las que puede enorgullecerse la Gran Isla.

Agradezco al Hermano Italo Carugno, que ha dado nueva y brillante vida al opúsculo *Sous l'ardant soleil malgache* escrito por el Hermano Martial-André en 1927, y a los Hermanos Jean-François Morlier, José Martínez y Luke Salm que lo han traducido respectivamente al francés, al español y al inglés.

Hermano Rodolfo Cosimo Meoli
Postulador

Roma, 7 de abril del 2009
Fiesta de S. Juan Bautista de La Salle

EL ITINERARIO

- 1856 Nace en Antananarivo, capital de Madagascar, el 1° de mayo (?), el 3 de noviembre (?).
- 1866 Se encuentra con tres Hermanos franceses, recién llegados a Antananarivo, y acude a su escuela.
- 1869 Recibe el Bautismo y toma el nombre de *Rafael*.
- 1873 Acepta ser el maestro suplente en la escuela de los Hermanos
- 1876 Pide la entrada en la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y inicia el Postulantado.
- 1878 (1 marzo) Toma el hábito religioso y recibe el nombre de "*Hermano Rafael-Luis*"
- 1879 (21 de noviembre) Profesa los votos religiosos anuales
- 1883 Son expulsados los misioneros extranjeros y es proclamado Jefe de los Católicos de todo Madagascar.
- 1889 (14 noviembre) Emite los votos religiosos en la Profesión Perpetua.
- 1902 Es nombrado Miembro de la Academia de Madagascar.
- 1903 (2 de mayo) Es condecorado con la Medalla al Valor Civil por el General Joseph-Simon Gallieni, Gobernador Francés, por su eficaz actuación de pacificación entre Francia y Madagascar.
- 1919 Muere el 19 de mayo en Fianarantsoa.
- 1933 Sus restos son trasladados en Antananarivo.
- 2009 Es proclamado Beato.

DE UNA ISLA A OTRA

La isla de Madagascar, la tercera más extensa de la tierra, donde nació, vivió y murió el beato Hermano Rafael-Luis, está situada a tan solo 800 km al norte de otra mucho menor, la de La Reunión, donde en 1867 había muerto el Santo Hermano de las Escuelas Cristianas, Hermano Scubilion Rousseau, francés, beatificado por S.S. Juan Pablo II el 29 de abril de 1989. Este Hermano había llegado a la Isla Borbón, como se llamaba en aquel entonces La Reunión, en 1834, a la edad de 37 años. Sin embargo deseaba desembarcar algún día en la "isla grande". En una carta enviada el 8 de diciembre de 1855 a su Provincial en Francia escribía así: *"Hace ya raza decena de años que los Padres Jesuitas trabajan para llevar la religión católica a Madagascar: sufren mucho, pero, hasta ahora, la evangelización realiza pocos progresos... Recemos para que el árbol de la cruz pueda ser plantado incluso en las cimas más altas de la montaña malgache... Espero que llegue lo más pronto posible el momento en que los discípulos de nuestro venerado Padre y Fundador se extiendan en gran número en aquella tierra... Hace más de 20 años que pido esta gracia a Dios. Yo mismo querría estar en el número de quienes tengan la suerte de ir allí..."* Pero la Providencia tenía otros planes y debió permanecer en La Reunión durante toda su vida. Su extraordinaria e incisiva actuación apostólica llevó a la abolición de la esclavitud en la Isla. En 1867, a la muerte de aquel santo religioso, nuestro Hermano Rafael tenía tan solo 11 años, pero estaba destinado a ser el continuador, en su tierra natal, de la obra misionera del Hermano Scubilion; a convertirse en la personalidad que, durante medio siglo, desempeñaría un papel cada vez más decisivo en el escenario de Madagascar. Se trató, pues, de un traspaso ideal del testigo, entre dos fuertes personalidades, entre dos santos religiosos lasalianos en las dos islas vecinas, pero tan diferentes entre sí.

UNA GACELA EN TIERRA MALGACHE

Firinga, así se llamaba nuestro Beato antes de recibir en 1869, al ser bautizado, el nombre de "Rafael", y de añadir "Ra" (señor) a Firinga. Nació el 1° (?) de mayo de 1856, en Antananarivo, capital de Madagascar. Su padre, que era un funcionario estatal con la categoría de Capitán de los esclavos, descendía de una familia de los Hova, noble de sangre y de casta. ¿Pero, era noble el trabajo que realizaba de encadenar a los esclavos, privarles de su libertad y cargarles de cadenas A falta de una ética más humana, o si se quiere, respetando la tradición de su tierra, su trabajo cruel y cruento no le planteaba ningún problema: lo consideraba "bueno" porque así lo consideraba la autoridad suprema del país, porque le garantizaba un envidiable bienestar económico y porque era considerado el décimo puesto en la escala social, a la par de los oficiales superiores. Había servido a la terrible reina Ranavalona I, que en los treinta años de su reinado eliminó por estrangulamiento, veneno o puñal más de doscientos mil súbditos incómodos. Y en aquella ininterrumpida depuración el padre de Firinga había desempeñado su parte, porque el cargo que ejercía se lo imponía.

La llegada de este segundo niño (el anterior habido de un precedente matrimonio había vivido sólo "cinco lunas") lo llenó de alegría y escogió para él el nombre de Rakotonirina, "el deseado". Pero el Mpisikidy (el hechicero) intervino: "No, este nombre no. Al escuchar ese hermoso nombre la muerte se lo llevará antes de que cumpla "veintidós lunas, como hizo con tu otro hijo". "Mpanandro (el divino) ha hablado - repuso el padre - y para que nuestro hijo viva lo llamaremos "Firinga" (basura). ¡Marina izany! (Así sea)".

El pequeño Firinga, aún habiendo sido tan deseado, creció según la usanza local, es decir sin que ninguno se ocupase mucho de él. Firinga veía a su padre siempre fugazmente, durante la comida diaria; luego el padre regresaba a su trabajo y el hijo a corretear en plena libertad entre los ébanos y los tamarindos, ágil y esbelto como la gacela del bosque: ninguna cadena ataba sus pies...

Hasta la ropa le sobraba: un trapo, atado a la cintura, cubría lo imprescindible. No usaba ni zapatos ni sombrero de paja, a pesar del rabioso sol que le abrasaba la piel. Al caer la tarde, se dormía sin la caricia de sus padres: decían que esta fría costumbre servía para forjar el carácter y la personalidad de los hijos. Firinga no recibió ni en familia, ni en otra parte, normas de educación o de enseñanza. Sus maestros fueron los hechiceros y su saber se enriquecía exclusivamente por el contacto con semejante mundo supersticioso y crédulo. Los hechiceros hablaban de espíritus buenos y malos, que revolotean en torno a cada ser humano: "Si quieres defender tu tierra de los ladrones, apoya sobre la puerta de casa una caña de bambú con un mechón de paja de arroz encima, luego busca en el prado la hierba mágica que te ponga al seguro de las desgracias y consévala siempre contigo". Muy promovido era el culto a los muertos: "Ellos tienen una autoridad superior a cualquier otra, superior incluso a la del rey y a la de los hechiceros; ellos deciden el destino de los vivos: felicidad o desgracia, prosperidad o ruina dependen de su poder oculto. Tenedlos siempre cercanos y obedeced las órdenes que os dan en el secreto de la conciencia o por medio de los sueños. No existe juramento más sagrado que el que se hace en nombre de los antepasados". Firinga absorbía estas doctrinas. Pero, ¿permanecerá esclavo de ellas para siempre, él, esbelto y ágil como una gacela, fundamentalmente bueno y generoso? ¿Quedarán toda su vida ligado a las doctrinas de los hechiceros que encadenaban a la gente al error, como su padre encadenaba a los esclavos? ¡Cuántas veces, después de convertirse en el Hermano Rafael, lamentó las horas malgastadas en aquellas prácticas irrazonables! Firinga, con la mirada fija en el horizonte, sentía en su corazón que el hombre tiene alas para volar y que nadie tiene el derecho de cortárselas o de encadenarlo.

TRES HECHICEROS DE PIEL BLANCA

Firinga había cumplido 10 años (1866) y estaba jugando delante de su casa cuando de improviso vio ante él tres hombres jamás vistos anteriormente. Vestían un hábito negro, con un cuello blanco y llevaban en la cabeza un tricornio que no era el sombrero habitual. Para más, sobre sus hombros llevaban un manteo también negro, que ondeaba al viento conforme caminaban. ¿Quiénes eran? ¿*Tres nuevos hechiceros*? Algo indefinido atrajo su curiosidad. Caminaban en silencio aquellos *tres hechiceros de piel blanca*, con su cara que reflejaba alegría y serenidad. Entre sus dedos desgranaban un objeto extraño con muchas cuentas y tan sólo movían los labios. ¡Qué diferentes de los hechiceros que él conocía! ¿Pero, a qué habrían venido a Antananarivo? Firinga, muchacho espabilado, inteligente y de espíritu sensible, trató de encontrar una explicación. En los días sucesivos, en contacto con los "*tres hechiceros de piel blanca*" pudo conocer lo que ahora os resumimos.

En el siglo XVI y precisamente en el 1540 y luego en 1585 tres hombres de piel blanca (padres Dominicos) habían intentado fundar una misión católica en Madagascar. Pero todo acabó cuando los mataron. Tampoco los intentos realizados por los Jesuitas desde 1613 a 1630 tuvieron éxito, por más que Andrea Ramaka, hijo de un jefe indígena, hubiese sido bautizado en Goa. Solamente gracias a la fundación de la colonia-fortaleza francesa de Fort-Dauphin al sur de la isla, en 1642, se pudo dar inicio a una actividad misionera regular.

Los religiosos Paúles llegaron allí en 1648. A pesar de los enormes sacrificios (20 sacerdotes y 19 hermanos fueron víctimas del clima asesino y de los indígenas salvajes) los frutos fueron bastante escasos. En 1674, al finalizar la colonia-fortaleza francesa, la misión terminó.

Otros dos intentos de los Paúles en el siglo XVIII, es decir en 1724 y en 1784, cayeron en el vacío.

Sin embargo, en 1820, los protestantes penetraron en la isla y lograron trabajar con fruto, mientras la isla permanecía cerrada a los católicos. En 1829 el sacerdote portugués Enrico Solages fue nombrado prefecto apostólico de las Islas del Mar del Sur, o Gran Océano, que incluía las Islas Mauricio, Borbón (La Reunión) y Madagascar. En 1832 decidió adentrarse él mismo en la gran isla, pero murió cuando viajaba hacia Antananarivo. El padre Francesco Dalmond, su sucesor, de la congregación del Espíritu Santo, fue más afortunado, porque logró erigir la misión en la pequeña Isla de Santa María al este de Madagascar y en las islas de Nossibé y Mayotta al oeste, que se convirtieron en prefectura apostólica en 1848. Ese mismo año Madagascar se convirtió en vicariato apostólico y en el 1850 fue confiado a los Jesuitas, los cuales, después de una tentativa en 1856, lograron por fin fundar una misión estable en Antananarivo entre los Hovas en 1861, cuando Radama II, hijo de la reina, asumió el trono. Él mismo autorizó oficialmente la enseñanza de la religión en sus dominios. De ello se aprovecharon tanto los católicos como los protestantes. Sin embargo, estos últimos disponían de medios económicos mucho más poderosos y, sobre todo después de la trágica muerte de Radama II, lograron poner de su parte a la mismísima reina Ranavalona II. A pesar de ello los Jesuitas no se dieron por vencidos y, convencidos de que la base de la adhesión al catolicismo era la enseñanza, pidieron ayuda a los Hermanos de las Escuelas Cristianas de la vecina isla de La Reunión. Los mismos, de hecho, llegaron a la gran isla en 1866. Eran aquellos que Firinga pensaba que fuesen tres "*hechiceros de piel blanca*"

No venían para conquistar o depredar, ni para imponer cadenas a quien rechazaba su propuesta. Venían, respetuosos de las costumbres y de las tradiciones locales, respetuosos del modo de pensar, de hablar y

de ser de aquella gente, a buscar niños abiertos a la Buena Nueva, que les ayudasen a transformar la mente y la vida de los demás mediante la adhesión a las enseñanzas de Cristo. Se habían preparado para esa tarea misionera aprendiendo su lengua antes de partir. Esa preparación era indispensable, porque sabían que, civilizar a un pueblo no quiere decir quitarle una forma de vivir ancestral para imponerle otra, sino para valorizar ante todo la cultura local para llevarla a un desarrollo tal que fuese como la madurez del propio pasado, del temperamento, de la emoción y de la tendencia étnica preexistente.

Y ¿qué medio más eficaz que el de hablar su propia lengua? En consecuencia cuando llegaron a Antananarivo, los tres *hechiceros de piel blanca* conocían suficientemente la lengua malgache, delicada, precisa y de extraordinaria regularidad, haciendo suya la intuición de su fundador, San Juan Bautista de La Salle (1651 - 1719) de que cualquier enseñanza, y especialmente la de la religión, para ser eficaz, debe impartirse en la lengua materna. ¿Habrían dado en el blanco? ¿Serían capaces de hacer aceptar a aquella gente la única Verdad que nos hace verdaderamente libres? Así lo esperaban. Los tres Hermanos de las Escuelas Cristianas se instalaron como pudieron sobre la colina que domina la ciudad. La escuela que les confiaron los padres Jesuitas consistía en una barraca de madera dividida en tres ambientes en la planta baja, para las tres clases y un segundo piso, para la residencia de los tres religiosos.

Un día Firinga, se unió a sus habituales compañeros de juegos para ir a curiosear en la modesta residencia de los *tres hechiceros de piel blanca*. No podía creer lo que veían sus ojos y pensamientos nunca antes sospechados turbaron su mente. En una pared vio dos cuadros colgados. En uno de ellos estaban representados una madre y un padre, inclinados sobre su hijo recién nacido recostado sobre la paja. ¿Porqué semejante ternura del padre hacia su hijo?, pensaba, ¡él que nunca había saboreado algo semejante! En el otro cuadro estaba representado un hombre, seguramente un esclavo, semidesnudo y cubierto de sangre, colgado de una cruz, sin cadenas en los pies: no obstante su rostro desprendía serenidad y ternura. ¿Quién era? ¿Porqué lo habían tratado así? Luego la mirada de Firinga cayó sobre uno de los *tres hechiceros de piel blanca*. Era un hombre bien plantado, ágil y esbelto y estaba dedicado de lleno a explicar algo a un grupo de niños: decía que las escenas representadas en aquellos dos cuadros habían sucedido realmente hacía más de mil años, en un país muy alejado de la tierra malgache, más cercano al fabuloso Egipto y a poca distancia del lugar donde miles de hombres estaban trabajando para realizar un amplio canal por donde pudiesen pasar los barcos. Firinga se sintió invadido por una fuerte emoción, y respiró profundamente.

Al volver a casa le dijo a su padre que quería ir a aquella escuela. Y allí fue. Su maestro fue el Hermano Ladolien que se distinguía por su trato amable, por su profunda piedad y por una envidiable cultura (al poco tiempo escribiría y traduciría en lengua malgache varios tratados útiles para la enseñanza en la escuela). Firinga estaba encantado con él, especialmente porque cada mañana dirigía a sus alumnos unos minutos de "reflexión" sobre temas ético-religiosos que terminaban siempre con la afirmación: "Un hijo de María con toda seguridad salvará su alma, porque ella es el terror de los demonios y la puerta del cielo".

Tres años después (tenía 14 años) comprendió que para él había llegado el momento de abrazar aquellas enseñanzas de amor predicadas por aquel "esclavo colgado en la cruz, sin cadenas en los pies, pero cuyo rostro expresaba serenidad y ternura". Y se hizo bautizar: era el 24 de octubre de 1879, fiesta del arcángel Rafael, y por eso recibió ese nombre y el poder añadir "Ra" (señor) a Firinga.

UNA ESCUELA DE CALIDAD

Mientras Rafael asistía a "su" escuela, el horizonte político de Madagascar se oscurecía y retornaba a la calma con increíble frecuencia. Se sucedieron en el trono, con procedimientos más o menos engañosos, elementos de la familia real, hasta que le correspondió el turno a la reina Ranavalona, cuya "candidatura" fe claramente apoyada por los poderosos protestantes metodistas ingleses de la capital, pero que también provocó en el mundo católico de la isla un suspiro de alivio. De hecho, dicen las crónicas de la época que, para la ceremonia de coronación, sobre el palco real, contrariamente a la antigua usanza, no había ningún simulacro de ídolos, pero sí estaban los tres Hermanos de las Escuelas Cristianas y otros religiosos y religiosas de carne y hueso. Además en el discurso de la Reina y en el del Primer Ministro se afirmó solemnemente: "La oración es un don de Dios y cada malgache será libre de escoger la que le plazca".

El Primer Ministro, mientras se dirigía con numerosos oficiales al consulado francés, escuchó resonar en su honor la ovación "Viva el Primer Ministro": provenía del grupo de los alumnos de los Hermanos situados a lo largo del camino delante de su escuela. El Primer Ministro hizo detener el cortejo, saludó a los Hermanos, se interesó por su actividad, dando a conocer al Director que su joven hijo, era alumno del colegio de los Hermanos en París...

Todos estos acontecimientos y circunstancias positivos hicieron que el padre Jesuita que era jefe y guía indiscutido de los católicos en Antananarivo se atreviese a pedir autorización para construir una catedral católica digna de la capital. Una vez obtenida la autorización, encargó al Hermano Gonzalvien delinear las líneas arquitectónicas: así surgió la hermosa catedral de claro estilo gótico, que causó maravilla y satisfacción en Rafael.

Pero a los protestantes metodistas no les sentó nada bien y quedaron a la expectativa del momento oportuno...

Desafortunadamente la construcción de la catedral supuso un trabajo suplementario para el Director de la escuela y para sus Hermanos. Como consecuencia el buen Hermano Yon (el tercero de los religiosos) cayó presa de la fiebre tifoidea y en breve tiempo entregó su alma a Dios.

Semejante pérdida fue un duro golpe sobre el director Hermano Gonzalvien. ¿Qué hacer? ¿Pedir un sustituto a Francia? Ni hablar. Y así surgió la inspiración celeste que significó un decisivo giro en la vida de Rafael. Sin muchos miramientos el director le preguntó: "Rafael, conozco tu valor y tu amor por Nuestro Señor. ¿Quieres ser nuestro colaborador como maestro suplente?"

Los gruesos labios de nuestro Rafael se apretaron con fuerza y con la potencia de expresión que es una de las características de los jefes de su raza respondió: "Hermano Director, será como usted diga". Esta respuesta sería el primer paso que más adelante permitirá sumar a Rafael a aquel conjunto de intelectuales, a quienes corresponda ejercitar sobre el pueblo malgache una acción elevada y moralizadora para convertirlo en un pueblo profundamente católico, sin por ello mortificar su peculiar fisonomía. Más adelante alguien afirmará de forma categórica: "Sabia norma de pedagogía es lograr la reforma de África por medio de los africanos".

EL GRAN PASO

La participación en los funerales del Hermano Yon, donde el joven Rafael abría la fila de los alumnos en fervorosa actitud, atrayendo la atención y la simpatía de sus conciudadanos, la llegada a Antananarivo del hijo del Primer Ministro que había finalizado sus estudios en el colegio de los Hermanos en París y una voz misteriosa y persuasiva que desde hacía tiempo sentía susurrarle palabras seductoras, lo fueron llevando hacia una decisión existencial de gran significación para él, para su familia y para toda la ciudad, donde era estimado más por su apego a los Hermanos que por ser el hijo del Capitán de los esclavos. Llegó el día de la gran decisión: llegar a ser en todo y para todos un Hermano de las Escuelas Cristianas. Con temor habló de ello a su padre, el cual no daba crédito a lo que escuchaban sus oídos. ¡Cómo! ¡Renunciar al matrimonio y a tener hijos, renunciar a la herencia paterna, vivir lejos de la sociedad como un leproso, exponerse a la cólera de los antepasados! El joven Rafael pasó noches de insomnio, pero al final triunfó su decisión. Y con veinte años, el día de Pascua del 1876, Rafael, el hijo del Capitán de los esclavos, pidió oficialmente y obtuvo el prepararse para llegar a ser un Hermano de las Escuelas Cristianas. Los compatriotas de Rafael, los bienpensantes y sin prejuicios e ideas preconcebidas, se sintieron orgullosos de que uno de ellos fuese admitido al mundo de los Hermanos y tomase parte en sus oraciones, en su vida religiosa y en sus comidas, aunque manteniendo su forma de vestir malgache.

Desde el primer día de su nueva vida, Rafael leyó las páginas del libro de la Regla, primero con curiosidad luego con edificación. Los dos Hermanos con los cuales convivía eran para él una realidad viva de aquellas severas prescripciones. El aprendizaje de la regla le resultó, pues, fácil, porque la leía incluso en la actuación de los dos Hermanos. Bajo el impulso del prudente director Hermano Gonzalvien, el joven postulante Rafael caminó con paso decidido, ávido de realizar lo más pronto posible sus deseos. Solicitó en varias oportunidades el favor de vestir el hábito de los Hermanos. Pero el Director, que conocía bien el carácter inconstante de los malgaches, no tuvo prisa y le dejó desearlo por largo tiempo. Finalmente, el primero de marzo de 1877 el Hermano Gonzalvien dio a Rafael Rafiringa, hijo del Capitán de los esclavos, el hábito de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. A partir de aquel día Rafael se convirtió en el Hermano Rafael-Luis.

No por haber tomado el hábito religioso, los compromisos del Hermano Rafael se limitarían a los de enseñar a los alumnos. No, porque las necesidades del lugar imponían al nuevo retoño, portador aún de residuos de una mentalidad pagana, el ser forjado con mayor meticulosidad para desempeñarse del mejor modo posible en el campo profesional y en el religioso. Por eso, el Hermano Rafael debió basarse en una formación inicial mucho más larga que la normal de los novicios franceses. Su noviciado duró tres años, después de los cuales pudo emitir los votos anuales de pobreza, castidad y obediencia, indispensables para ser incluido entre los religiosos de una congregación.

El ejemplo de los dos Hermanos con los que convivía, expresaba concretamente el alcance de los compromisos asumidos. Si se hablaba de humildad, nada podía hacer un elogio más elocuente que la abnegación del Hermano Gonzalvien, el cual, mientras se sentía orgulloso de pertenecer a una Congregación religiosa extendida por el mundo entero, conservaba un heroico silencio cuando la ignorancia o los celos atribuyeron a una mano extranjera el plano de su hermosa catedral en construcción. Si se recomendaba al joven novicio dignidad en su comportamiento, encontraba un magnífico modelo en el Hermano Ladolien que caminaba con paso comedido, estaba en la iglesia como un oficial en presencia del rey y trataba a los alumnos con gran respeto. En los dos religiosos que estaban a su lado el Hermano

Rafael admiraba la profunda piedad que vivificaba las acciones de toda la jornada: las oraciones de la mañana, hechas en común, se interrumpían con frecuentes pausas, se recitaban lentamente y con ritmo de melopeya griega, mientras sus rostros reflejaban el amor ardiente de sus corazones. Cuando salían o entraban en casa, no dejaban de pasar por la iglesia a saludar al "dueño de casa". No terminaríamos nunca si quisiésemos registrar todos los ejemplos de virtud con los cuales aquel refugio religioso, saturado por una atmósfera sobrenatural, proporcionaba al Hermano Rafael una ilustración práctica de los preceptos que debía observar.

Un reglamento muy detallado lo apremiaba sin tregua: estudio concienzudo de la doctrina cristiana, estudio razonado de las Reglas de los Hermanos y de sus libros de ascética, estudios de tipo profesional, desempeño de tareas humildes, aplicación continua al propio perfeccionamiento. Tal fue el programa que tuvo que realizar el Hermano Rafael durante los tres años que siguieron a la toma de hábito hasta el día de la emisión de los primeros votos. A quienes a continuación lo compadezcan por esa prueba larga e implacable, el Hermano Rafael responderá: "No está de más un tiempo tan largo para formar a un malgache pagano para llegar a ser un verdadero hijo de Juan Bautista de La Salle, porque existe un abismo entre la vida desenfadada del uno y la sobrenatural del otro".

Apenas el Hermano Rafael había acabado el noviciado, cuando el Señor llamó al cielo al excelente Hermano Ladolien, al cual los mismos protestantes y los infieles estimaban por sus grandes virtudes. Pero desde lo alto de los cielos el santo Hermano Ladolien se convirtió en el protector, el intercesor y el guía virtual de su discípulo, a quien la Divina Providencia estaba por someter a una prueba sin igual en la historia de Madagascar.

CHANTAJE CONTRA CHANTAJE

Como ya se ha indicado, los protestantes metodistas, no vieron con buenos ojos la construcción de la catedral católica en Antananarivo. Por eso, en el momento oportuno, es decir a la muerte del cónsul francés, intentaron convencer a las nuevas autoridades gubernativas que habían abrazado la religión protestante, de que los Jesuitas presentes en la isla (todos franceses) buscaban destruir los usos y costumbres tradicionales y por lo tanto constituían un peligro para la nación, por lo cual era necesario deshacerse de ellos y confiscar sus bienes. En un primer momento el intento no tuvo éxito, y fue un bien, porque justamente en aquellos meses el Hermano Gonzalvien procedía a la construcción de un nuevo edificio en sustitución de la primera y provisional escuela.

La lucha entre católicos y protestantes suponía sin embargo una crisis mucho más profunda entre el gobierno francés y el malgache. A los católicos se los relacionaba con los franceses, los cuales tenían importantes posesiones coloniales en la isla. Así poco a poco, con el pretexto de obstaculizar a los católicos aumentaban las presiones contra los franceses, el 17 de mayo de 1883 una flota naval francesa recibió la orden de adueñarse de Majunga, principal puerto de Madagascar y, eventualmente, proceder militarmente. A lo cual rápidamente sobrevino el contraataque del gobierno malgache: para el 30 de mayo ningún francés debería permanecer en la isla. Los indígenas paganos y los protestantes metodistas se alegraron. Pero el Hermano Rafael y algunas Hermanas eran malgaches y no podían ser expulsados de la isla. Y de hecho, a pesar del miedo y la consternación, se quedaron.

El 29 de mayo de 1883 el Hermano Rafael se arrodilló a los pies del Hermano Gonzalvien ya listo con su ligero equipaje para abandonar la isla. Recibió la bendición del Director y recogió el mandato: "Después de nuestra partida confirma a los hermanos en la fe y ante cualquier peligro permanece fiel a Dios y a la Regla del Instituto. Dios te bendiga como también yo te bendigo". Esbozó sobre su cabeza una amplia señal de la cruz. A partir de aquel momento el Hermano Rafael permanecía en la brecha solo y sin sus Hermanos.

A la misma hora, un padre Jesuita dirigía palabras similares a Vittoria Rasoamanarivo, hija del Primer Ministro, alumna de las Hermanas, bautizada a despecho de los suyos cuando tenía quince años. Ahora a los treinta y seis, estaba lista para cualquier sacrificio, con tal de no permitir que se apagase la luz de la fe en su país. Fue esta situación lo que hizo nacer entre nuestro Hermano Rafael y Vittoria una santa alianza que producirá inesperados y abundantes frutos de bien. Mientras tanto el Hermano Rafael, para reflexionar sobre su cometido y para no correr riesgos inútiles, se puso de nuevo el "lamba" (traje indígena) y se refugió en su familia. Fue una "retirada estratégica" muy breve, durante la cual recibió muchas visitas de católicos inquietos como él.

NACE UN LÍDER

La consigna entre los católicos era la de no rendirse. Y por eso, el domingo 3 de junio, a la hora de la misa festiva, todos se dirigieron hacia la catedral. Allí se encontraron con algunos guardias, puestos allí por los protestantes, que impedían su ingreso. Desconcertados por semejante contratiempo, los fieles no sabían qué hacer. Entonces la hija del Primer Ministro, Vittoria, se adelantó. Incluso a ella le fue intimada la orden: "No se puede entrar; es una orden de la Reina". La mujer contestó enérgicamente: "Si buscáis sangre, habrá sangre; y mi sangre será la primera. Nosotros no tenemos miedo y entraremos en la iglesia. Nada nos impedirá reunirnos y rezar". Y sin añadir más, cruzó con decisión y sin miedo las puertas del templo, seguida de todos los demás. Poco después llegó también el Hermano Rafael, que había vuelto a vestir su hábito religioso. Con los alumnos de su escuela pasó con la cabeza alta ante los guardias intimidados. ¿Qué hacer sin un sacerdote que celebrase la Eucaristía y administrase los sacramentos? El Hermano Rafael sentía que todas las miradas recaían sobre él. Y por eso subió al altar y dirigió la oración común. Al terminar, la propuesta de Vittoria fue clara: "Si hay alguien que puede guiarnos en nuestro camino de fe, ese es el Hermano Rafael". Todos aplaudieron entusiastas. Menos el Hermano Rafael que no lo era tanto y pidió un momento de reflexión: se encontrarían de nuevo por la tarde, después de dialogar y decidir sobre la forma de actuar. Por la tarde el templo se llenó a reborar: "Elijamos un jefe" fue la petición más coreada. Ante la renovada propuesta de Vittoria, instintivamente todos se pusieron en pie como señal de aprobación, y señalaron el nombre del Hermano Rafael: su nobleza de nacimiento, su hábito religioso, la firmeza de su carácter, los inmejorables resultados obtenidos en la escuela con los niños y el carisma que demostraba eran motivos seguros de garantía.

El Hermano Rafael se sintió abrumado por la responsabilidad que se le confiaba. Dudó, farfulló alguna cosa, suplicó. Pero al final aceptó ser el Presidente de la Unión Católica de todo Madagascar. Pero con una condición: que no se cambiase nada de cuanto habían hecho hasta entonces los padres misioneros y que a él se le uniese un Consejo de Consulta. Había aprendido de sus maestros que no se debe trabajar nunca en solitario, sino compartir con los demás la responsabilidad, aunque la última palabra corresponda siempre al jefe. Todos aceptaron con entusiasmo la propuesta: ¡había nacido un líder! Una oración puso fin a esta primera y decisiva reunión, después de lo cual la muchedumbre salió de la iglesia llena de entusiasmo y de esperanza.

El retumbar del cañón, que al caer la oscuridad indicaba el inicio del toque de queda, hizo que todos retornasen a sus casas. Se podría apostar que en esa noche todos los comentarios de los habitantes de Antananarivo, se referían a los turbulentos acontecimientos del día.

Durante algún tiempo los católicos no tuvieron más molestias y su vida religiosa no encontró obstáculos especiales. Cada mañana a las siete el Hermano Rafael recibía a los alumnos de la escuela en la catedral para el rezo del Rosario y el canto de algunos himnos en sustitución de la Misa. El viernes se realizaba el Vía crucis y el sábado a la misma hora se cantaban las letanías de Santísima Virgen ante la estatua de la Inmaculada rodeada de lamparillas. Después de lo cual el Comité de Acción determinaba el programa del domingo y hacía la elección de quienes, especialmente preparados por el Hermano Rafael en persona, deberían presidir las pequeñas asambleas situadas en las aldeas. Durante tres años, salvo alguna modificación o añadidura solicitada por los mismos fieles,

este tipo de organización se mostró eficaz no sólo para mantener encendida la llama de la fe, sino incluso para aumentar el número de los fieles.

Obviamente sería un error pensar que tan importante responsabilidad no atrajese hacia el Hermano Rafael el rencor de los adversarios. Él también tuvo que pasar por la triste experiencia de las palabras del Evangelio: "Nadie es profeta en su propia patria". De hecho los protestantes no se dieron por vencidos. No teniendo otros asideros, se pusieron a caldear las críticas que algunos, entre los mismos católicos, en voz baja, hacían al Hermano Rafael: "¿Porqué tanta austeridad? ¿Por qué insiste en llevar ese hábito negro tan extraño? ¿Por qué no nos deja a nosotros la dirección de la escuela? ¿Por qué... por qué?".

El Hermano Rafael, para salvar la Unión Católica, condescendió con algunas modificaciones: revistió el hábito talar y apareció en público envuelto en la amplia túnica blanca de los malgaches, con un amplio sombrero de paja sobre su cabeza. Más no podía hacer.

Para más, los protestantes aumentaron la dosis, convencidos de que sólo cuando el Hermano Rafael desapareciese de la circulación ellos podrían estar en paz. Pero habían hecho sus cálculos sin contar con el huésped, aún más con... la huésped. Porque la belicosa Vittoria estaba siempre alerta y controlaba la situación, pronta para intervenir e caso de peligro inminente y grave.

CATÓLICO Y MALGACHE

La expulsión de los franceses estuvo seguida de un resurgir patriótico en la isla y, también en vistas a un posible ataque militar, el gobierno ordenó que cada malgache capaz de usar las armas, se ejercitase para estar listo para combatir. El Hermano Rafael, como buen ciudadano, se ajustó a la situación e incluso se convirtió en cierto modo en instructor militar, porque asumió la responsabilidad del entrenamiento colectivo en el patio de su escuela. La coronación de la nueva reina dio lugar a una respetable parada militar. Mientras una salva de 21 cañonazos anunciaba la llegada de la reina, la multitud admiraba con manifiesta simpatía el soberbio cuadro de los alumnos militares que, al mando del Hermano Rafael, con destreza y seguridad le servían de escolta.

Otro acontecimiento atrajo nuevas simpatías hacia nuestro Hermano: la clausura del año escolar, que desde hacía algunos años iba acompañada por un concurso entre los alumnos de las diferentes escuelas. A la ceremonia fue invitado incluso el primer ministro, que envió a algunos funcionarios en representación suya. Terminada la serie de preguntas sobre diversos argumentos, los funcionarios se mostraron entusiastas del saber, de la inteligencia y del comportamiento de los alumnos de la escuela del Hermano Rafael. El éxito fue tan grande que el periódico oficial de la ciudad publicó un detallado informe del concurso y de su brillante éxito.

Estos resultados escolares eran poca cosa en comparación con los que el celo del Hermano Rafael lograba en el campo religioso. La acción más significativa y fructífera fue la creación de un grupo de catequistas que, formados por él y fuertemente motivados, se repartían por las aldeas y otros lugares donde pudiese haber católicos. Cada mes volvían para rendir cuentas de su actuación, participar en un nuevo ciclo de instrucción y, después de una semana, volver a partir para continuar con su obra. Al mismo tiempo organizaba encuentros y retiros para las Hermanas, escribía opúsculos y... naturalmente dirigía su escuela. El domingo reunía a todos en la catedral para una para-liturgia común, anhelada por todos y muy apreciada.

Nos podemos preguntar: ¿Podía el Hermano Rafael, dedicado a tantas ocupaciones e iniciativas, conservar la intimidad personal con Dios y pensar en sí mismo? Pregunta inútil, porque el Hermano Rafael velaba muy bien para no descuidar ni la más pequeña práctica de la regla, fortalecido por el consejo divino: "Camina en mi presencia y serás perfecto". La observancia de la Regla quedó asegurada tanto en el espíritu como en sus prescripciones exteriores.

Finalmente entre el gobierno francés y el malgache se llegó a un acuerdo: la paz se firmó a bordo de la nave capitana francesa en diciembre de 1885. Se estableció que un Representante francés, acompañado de una escolta militar, se establecería en la capital: en contrapartida, la joven Ranavalo era reconocida como reina de Madagascar. Como consecuencia incluso los misioneros pudieron retornar. Y fue para ellos una agradable sorpresa constatar que la cristiandad que ellos habían dejado había permanecido fuerte gracias a la Unión Católica de la cual el Hermano Rafael era Presidente.

EL ACADÉMICO

Después de la paz del 1885, la vida del Hermano Rafael volvió a ser tranquila y laboriosa, toda ella dedicada a su compromiso de religioso educador. En noviembre de 1889, un año después de la beatificación del fundador Juan Bautista de La Salle, el Hermano Rafael emitió los votos perpetuos, es decir "para toda la vida". Con ese acto se consagraba enteramente a Dios en la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Este indígena tan especial llamó mucho la atención del nuevo Representante del gobierno francés que quedó admirado de las impecables manifestaciones culturales, artísticas y deportivas que lograba organizar, tanto que le encargó primeramente un curso especial de lengua francesa para 120 jóvenes, luego un curso de perfeccionamiento de la cultura malgache para otros jóvenes provenientes de las universidades francesas.

Además de la fatigosa vida escolar, el Hermano Rafael encontraba tiempo hasta para una intensa actividad cultural. Ha dejado escritos de carácter religioso, histórico, artístico y didáctico; escribió vida de santos, dramas sagrados, tradujo y compuso oraciones para diversas circunstancias; opúsculos para combatir las supersticiones paganas y los errores de los protestantes; una gramática y una sintaxis de la lengua malgache; colaboró también en la composición de un diccionario malgache-francés.

Especial mención merecen dos tipos de escritos que revelan su sensibilidad pedagógica. Se trata en primer lugar de una serie de artículos aparecidos en el periódico católico *Ny feon' ny marina* (La voz de la verdad) dirigidos a los padres y a los educadores; en ellos da muestras de haber asimilado bien la doctrina de La Salle, que, se puede decir, resuena en cada línea; los otros, aparecidos siempre en la misma revista se dirigen a los misioneros extranjeros. Queda uno asombrado al leer las sugerencias que da con respecto a los usos y costumbres de los nativos. Nos parece estar leyendo casi un tratado moderno sobre la inculturación, es decir cómo encarnar el Evangelio en la cultura autóctona y también cómo adoptar y transformar en sentido cristiano ritos y creencias de culturas no cristianas. Solía afirmar: "Nada aleja más a un pueblo de la adhesión al Cristianismo que el querer suprimir costumbres milenarias para sustituirlas por otras desconocidas".

Por todos estos méritos culturales y por las responsabilidades que desplegaba con celo y competencia en favor de su pueblo, estuvo entre los primeros en ser nombrado miembro de la naciente Academia de Madagascar, creada por el general Galliéni en 1902.

De toda la numerosa y multiforme producción literaria del Hermano Rafael lastimosamente ha quedado muy poco. Las causas de su dispersión son diversas y van desde al vandalismo de los soldados en el momento de su arresto en 1915 (en la indagatoria de escritos que probasen su adhesión a la secta secreta V.V.S se llevaron todo lo que había en su habitación) hasta la destrucción de algunos de ellos de carácter "demasiado patriótico" por parte de alguno de sus Hermanos. Además muchos de ellos, siguiendo la costumbre extendida en el Instituto de los Hermanos, por humildad, no llevaban el nombre del autor. Lo que se ha logrado inventariar lo debemos al doctor Roland Martin, de la Universidad de Antananarivo, que realizó un inventario bastante verosímil en el Año 1970.

LA GACELA HERIDA

Habían pasado 38 años desde el día en que por primera vez el Hermano Rafael revistió el hábito de los Hermanos. Treinta y ocho años de trabajo arduo y constante, consagrado a santificarse mediante la observancia de la Regla y el cumplimiento del trabajo que le era asignado. A pesar de todo le parecía estar muy lejos de la santidad tal como la había soñado. Se arrodilló, pues, ante el sagrario y con los brazos en cruz dejó que brotara de su corazón esta oración: "Señor, te ruego ardientemente, concédeme una gran prueba que contribuya a mi santificación". La respuesta del cielo llegó bajo la forma de un drama del cual el Hermano Rafael resultó ser una víctima memorable.

La explosión de la Primera Guerra Mundial (1915) vio el correr de la sangre en toda Europa. Muchos malgaches, aprovechando la circunstancia, creyeron resolver las seculares dificultades de su País mediante el derrocamiento de la monarquía filo-francesa y con la proclamación de la república. Con esa finalidad crearon una "sociedad secreta" de tendencia fuertemente nacionalista, integrada principalmente por los intelectuales de la capital. La policía descubrió su existencia y se dedicó a detener a sus componentes. En dicha red cayó, extrañamente, incluso el Hermano Rafael. ¿Qué había sucedido? Para atraer el mayor número de adherentes, los jefes de la sociedad secreta, conociendo el amor del Hermano por su tierra, sin su consentimiento, habían colocado su nombre entre los primeros adherentes.

Ante el estupor general de sus Hermanos, el 24 de diciembre de 1915 los guardias acudieron a arrestarlo; registraron su habitación y, junto con él se llevaron también una caja de manuscritos que, según ellos, debían contener quien sabe qué secretos políticos y militares. Desgraciadamente de todo aquel material no se volvió a saber nada: ¡todo destruido y perdido para siempre!

El Hermano Rafael fue recluido en un calabozo subterráneo, pequeño y mugriento. Una mesucha y una manta deshilachada eran el único mobiliario de que disponía. El Hermano Rafael se sentía completamente inocente; no se lamentó, pero sentía en su interior que no se puede encerrar en una jaula, a un águila nacida para volar en el azul del cielo. Habían pasado tan sólo algunas horas, cuando oyó rechinar la puerta de hierro de su celda. Con un farol en la mano, un guardia entró para darle algo de alimento. "Gracias, amigo - fue la respuesta del Hermano Rafael - aprecio tu gesto, pero hoy es la vigilia de la Navidad: y nosotros los católicos hacemos ayuno". El guardia se retiró asombrado: durante toda su vida de esbirro nunca le había sucedido una cosa semejante. Y en su interior se maravillaba cómo un hombre de tanta fe y bondad pudiese estar allí, encerrado como un bandido.

Poco después de medianoche - ¡la Nochebuena! - la puerta de la celda se abrió de nuevo. Esta vez para un primer interrogatorio. ¿Sabes por qué has sido arrestado? "No, señor juez: lo ignoro totalmente". "Porque has participado en un complot contra el Estado. ¿No tienes nada que decir?" El Hermano Rafael no podía creer lo que acababa de oír. Pasado un momento respondió: "Señor juez, yo no tengo nada contra el gobierno, contra el estado ni contra nadie. Mis únicas preocupaciones son las de hacer bien a los jóvenes malgaches, difundiendo el mensaje del Evangelio. Seguramente ha habido una equivocación". La respuesta no convenció al juez. En los días siguientes tuvieron lugar otros interrogatorios y fueron examinados los manuscritos secuestrados. Ninguno de ellos resultó comprometedor. Y llegó el día del juicio, con la audiencia de los testigos de cargo. ¿En qué quedaron las acusaciones? Uno tras otro sus acusadores no lograron más que balbucir: "Verdaderamente, yo escuché decir que... Un amigo mío me dijo que... Yo no he visto nada, pero todos decían que..." Ante semejante inseguridad general y vergonzosa reticencia, el juez quedó convencido de la inocencia del imputado. Pero el procedimiento judicial exigía que se escuchase también a los testigos de la defensa. Aquí la música cambió. La fila de los testigos no tenía fin y las alabanzas y agradecimientos al Hermano Rafael parecían componer un

crescendo sin que ni uno sólo desafinase. La consecuencia fue que el 18 de febrero el proceso contra el Hermano Rafael concluyó con la petición pública de excusas por parte del juez hacia el imputado y con la orden de excarcelación inmediata. La gacela herida a traición volvía a correr libremente. Eran las ocho de la tarde. Una marea de gente se volcó en las calles y acompañó a nuestro Hermano a su casa, la casa de los Hermanos. Cuantos pudieron, le besaron las manos: aquellas manos que habían sido sujetas con inicuas cadenas. El hijo del Capitán de los esclavos caminaba con la cabeza alta, aunque con el físico debilitado pero con la mirada serena y noble. Mientras tanto habían acudido a la casa de los Hermanos los amigos más íntimos para estar presentes al retorno de su amigo, y hasta altas horas de la noche de disputaron el honor de felicitarlo con la víctima de aquella odiosa intriga. En los días siguientes se renovaron las demostraciones de alegría, acompañadas, según la costumbre local, de ofrecimiento de obsequios. Incluso el Obispo vino para encontrarse con su "suplente en los años del exilio" y reveló a los Hermanos un secreto: al día siguiente de su puesta en libertad, el Hermano Rafael había acudido a él para pedirle un nuevo rosario, dado que el suyo se había desgastado completamente durante su encarcelamiento.

EL EPÍLOGO

La gacela volvía a correr, de acuerdo; pero llevaba en su cuerpo las huellas del tiempo y las heridas de la prisión. La permanencia en la celda mohosa, oscura y gélida de la cárcel, aunque por poco tiempo tuvo repercusiones nocivas para la salud del Hermano: desde entonces la fiebre lo visitó frecuentemente. Esperando que un cambio de ambiente pudiese restablecerlo, los Superiores lo enviaron a Fianarantsoa, segunda ciudad de Madagascar. Allí los Hermanos de las Escuelas Cristianas poseían un terreno apacible sobre la ladera de una colina llamada en malgache *bel sito*: era verdaderamente un paraíso terrestre. Para cualquiera, pero no para el Hermano Rafael: pasar de Antananarivo, ciudad agreste y encaramada en las montañas, a la hermosa Fianarantsoa, adornada con todas las bellezas de la naturaleza, rica de vegetación, de pájaros y de flores, habría sido como cambiar los harapos por suntuosas vestiduras. Pero para el Hermano Rafael, que sentía enraizado en su corazón el amor por su ciudad, Fianarantsoa era como una tierra de destierro. Partió por espíritu de obediencia, sin emitir un suspiro, dejando a sus espaldas la ciudad donde había nacido, donde había recibido el bautismo, donde se había hecho religioso, donde había emitido sus votos, donde había transcurrido cuarenta largos años trabajando, combatiendo y sufriendo por la causa de Cristo.

No volvería a ver Antananarivo con su hermosa catedral, su precioso colegio, los lugares donde había jugado, libre y feliz como una gacela... El Hermano Rafael vivió en Fianarantsoa sólo dos años, en los cuales procuró ser útil en la medida de sus fuerzas. El 15 de mayo de 1919 el exhausto religioso se arrastró a duras penas hasta la iglesia principal de la ciudad para participar en las celebraciones en honor de San Juan Bautista de La Salle (que había sido canonizado en el año santo de 1900): fue su última salida, porque el 19 de mayo, después de haber recibido, plenamente consciente, los últimos sacramentos, el Hermano Rafael-Luis Rafiringa se durmió plácidamente en el Señor a la edad de 63 años.

Fueron numerosísimos los admiradores del Hermano Rafael que, sobre todo en la capital Antananarivo, quedaron apesadumbrados ante la noticia de su muerte por no haber podido rendirle un último saludo. Conforme iba pasando el tiempo, cada vez se resignaban menos a la idea de ver sus restos mortales enterrados tan lejos del lugar de su intensa actividad. Decidieron, por lo tanto, vencer todas las etapas necesarias para hacer volver a Antananarivo el cuerpo de su venerado maestro, al que erigirían un digno mausoleo.

Llegamos así al año 1933, cuando tuvo lugar el tan deseado traslado. Enorme fue la sorpresa cuando de la tierra surgió el cuerpo del Hermano: estaba intacto, como si acabase de ser enterrado. Una desvaída fotografía de la época lo muestra de pie, en medio de Hermanos y Alumnos.

El recorrido de Fianarantsoa a Antananarivo fue triunfal. Particularmente emocionante fue la parada nocturna en la catedral, cargada de especiales favores y gracias. Entre ellas se encuentra la curación, reconocida como "milagro" por los componentes de la Congregación de las Causas de los Santos, que condujo a nuestro Hermano a la beatificación.

El milagro que condujo al Hermano RAFAEL RAFIRINGA a la beatificación

El Sr. Pedro Rafaralahy tenía 65 años cuando en 1927 fue consciente de su parálisis de las extremidades inferiores. Desde hacía algunos años había notado en las piernas una debilidad inexplicable, que había suscitado en su moral una ligera aprensión, convertida luego en preocupación porque la debilidad en vez de desaparecer había crecido y se había transformado, justamente en 1927, en una parálisis completa.

El Sr. Pedro Rafaralahy había nacido en el 1862, y era solamente 6 años más joven que el malgache Rafiringa convertido luego en el Hermano Rafael de las Escuelas Cristianas. Las relaciones con los misioneros que pasaban por su pueblo, habían hecho que se convirtiese al cristianismo, hasta el punto de que, cuando en 1883 los misioneros tuvieron que abandonar la isla, él se encontraba entre los que eran asiduos discípulos del Hermano Rafael, elegido jefe de la cristiandad. De 1895 a 1927 desplegó la función de catequista en diversas comunidades católicas de la Isla. Mientras tanto se había casado y había creado una familia cristiana. Pero la muerte prematura de dos de sus hijas le había causado mucho dolor y, según testimonio de una hija suya adoptiva, incluso molestias en el corazón, con repercusiones, según su parecer, en las extremidades inferiores.

Pero ¿dónde encontrar un médico, y además un especialista? Se podía consultar únicamente a los hechiceros y a los curanderos: pero ¿merecía la pena? El bueno de Pedro aceptó la desgracia inclinando la cabeza ante la voluntad del Señor, sin cuestionarla y preocuparse mucho por ello. Crecido siguiendo los principios de la religión católica, y consciente de la eficacia de la intercesión de los santos, no se había olvidado de su maestro Hermano Rafael, que, como sus otros condiscípulos, lo consideraban un "santo". Por eso, cuando se enteró que sus restos mortales, durante su traslado de Fianarantsoa a Antananarivo, permanecerían en la catedral de Antsirabé, se hizo transportar a dicha ciudad para rendir el último homenaje a su maestro y para pedir, ¿por qué no?, su ayuda.

Y se produjo el milagro. Después de la celebración de la misa, el féretro estaba expuesto en el centro de la catedral. Pedro se acercó trastabillando y apoyó su mano sobre el féretro. Sintió un estremecimiento por todo el cuerpo y se sintió incitado a alzarse. Pudo hacerlo sin dificultad: ¡estaba curado! El buen Pedro, ahora ya firme sobre sus dos piernas, que habían permanecido inactivas durante 6 años, se presentó enseguida al párroco de la catedral y le dejó como recuerdo las ya inútiles muletas. El mismo día, después de haber acompañado durante un trecho al cortejo que se dirigía hacia Antananarivo, retornó gozoso a su casa cubriendo a pie los 14 kilómetros de distancia.

El agraciado con el milagro retomó con renovadas energías su normal actividad familiar y social y murió en 1940, a la edad de 78 años, sin haber tenido ninguna recaída de ningún tipo de la parálisis sufrida en sus extremidades inferiores desde 1927 a 1933.

INDICE

Prólogo	pag.	2
El itinerario	pag.	4
De una isla a otra	pag.	5
Una gacela en tierra malgache	pag.	6
Tres hechiceros de piel blanca	pag.	8
Una escuela de calidad	pag.	11
El gran paso	pag.	13
Chantaje contra chantaje	pag.	16
Nace un líder	pag.	18
Católico y malgache	pag.	20
El académico	pag.	22
La gacela herida	pag.	24
El epílogo	pag.	27
EL milagro	pag.	29
Indice	pag.	32